

Javier de Viana



**Isto e uma
porquera!**

textos.info
biblioteca digital abierta

Isto e uma porquera!

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7788

Título: Isto e uma porquera!

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 3 de octubre de 2022

Fecha de modificación: 3 de octubre de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Isto e uma porquera!

—¿Saben a quién prendió la policía 'el Payubre?

—¿A quién?

—A Sinforiano Benítez.

—No conozco animal de esa marca...

—¿No conoces a Sinforiano Benítez, el matrero de Montiel, de más menta y más asesino que el finao Manduquiña Mascareñas?...

—¿Y quién te dijo a vos, —interrumpió don Melchor, patriarca del fogón,— qu'el finao Manduquiña fué un asesino?..

—Las malas lenguas, quizá...

—¡Como la tuya!...

—Pero no sería por santo que lo ajusilaron.

—Por santo no, pero sí por zonzo, que viene a ser cuasi lo mesmo.

—Usted conoce l'historia 'e Manduquiña Mascareñas?

—¡No vi'a conocer!... ¿Se han creído que soy ternero mamón, como ustedes?... Lo conocí dende potranco. Él era de Uruguayana, pero supo vivir mucho tiempo aquí en Corrientes, puestero del portugués Sousa Cabrera Pintos, que tuvo una gran estancia en el Batel...

—Que también anduvo enredao en el crimen...

—Que jue el verdadero criminal.

—Sin embargo, la justicia no le dió pena...

Irguióse el viejo y agitando violentamente la diestra, sentenció:

—¡Lo asolvieron los jueces!... ¡Los jueces no son la justicia!... Pónete ese pucho en l'oreja!...

—Güeno yo no porfío; pero a la fin, ¿Manduquiña mató o no mató?

—Mató.

—¿A una mujer?

—Y a la cría.

—¿Y no jué asesino?...

—No. El asesino jué l'otro.

—¿Cuál?

—Sousa Cabrera Pintos.

—Güeno, viejo; pero desenriede, porque ansina est'atando muchos tientos, pero la trenza no se ve!...

Agachó el lomo el viejo hasta casi tocar las cenizas de sus barbas las cenizas del fogón, y dijo con aspereza:

—Al eje 'e las carretas hay qu'engrasarlo pá que no se queme, y al tragadero 'el cristiano hay que remojarlo con caña pa que refalen las palabras...

—¡Velay, viejo... —dijo un pardito, alcanzándole una jimeta que sacó de la caña de la bota.

Bebió don Melchor, carraspeó, y devolviendo la botella exclamó:

—De contrabando!

—Dejuro. ¿No es güeña?

—¡No es pa vos esta caña!...

—¿Por qué?

—Por qu'es caña pa negros y vos no sos más que mulato... Búscate una menos juerte...

—La culpa no la tiene él, —defendió un gauchito;— cuando la compró en Uruguayana, el pulpero dormía y la estiva estaba a oscuras... Siga el cuento ño Melchor.

—Sigo. Lo que pasó, pasó d'esta suerte: Souza Cabrera Pintos, ya tenía encima una ponchada de años cuando se casó con una brasileña ricaza, pero más brava que un ají cumbarí. Y cuando s'enteró que el hombre tenía en el mismo campo una amigueta, cuasi le priende juego al campo, al rancho y hasta al jipijapa roñoso y al levita de lustrina qu'el portugo usaba tuito el año. Jue entonces qu'él llamó a Manduquiña y le dijo:

—Mira. Aquí v'haber un enriedo 'e familia y eso no está bien, porque ante todo, uno debe honrar y respetar la familia.

—Con certeza —afirmó Manduquiña.

—Cuando en un campo hay una planta 'e abrojo carece arrancarla...

—Nau tem dubida!...

—Güeno... A Mariquiña es el abrojo y preciso que la arranqués...

—¿Que en l'arranque?

—¡Que la matés, animal!

—Hum!... isto e muito peligroso...

—No hay peligro ninguno; yo te vi'a dar un papel dejando constancia que la matas por orden mía y que yo soy el responsable de esa muerte.

—Si e asim.

El patrón escribió el papel y Manduquiña cumplió fielmente el mandato.

—Lo prendieron. Al interrogarlo confesó el crimen, tranquilo, sonriendo y dijo;

—Eu no so responsabil.. Aquí tein a carta do patrón qui ordenóme...

El comisario agarró el papel y leyó:

«Señor Lucas Pereyra.—Mi peón Manduquiña

Mascareñas va a apartarle hasta doscientos novillos de invernada. Entregúeselos y pásame la cuenta.—Juan Francisco Sousa Cabrera Pintos...»

Rieron los peones y uno de ellos preguntó:

—¿Y que dijo Manduquiña?

—Dijo: Isto si qu'e uma porquera!... Eu que degolé a china y de yapa a rapaziño pa cumprimentar o patraon, mi paga asem!... Mais, o culpabei e él, ¿naum é verdade?

—El único culpable sos vos...

—¿E van me meter na cudeira?

—Por lo pronto, hasta que sentencien y te efusilen...

—¿Van me fusilar?... —gimió Manduquiña... Y después, llorando como una criatura dijo:

—¡Isto si qu'e uma porquera!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.